



AQUÍ, EN LA FRONTERA ENTRE IRÁN Y AFGANISTÁN

*Año 1356 del calendario solar persa (1986)
Jorasán del Sur / Provincia de Farah, Afganistán*

En nuestros carnés se podía leer:

Estimado residente:

Este carné da acceso a los supermercados ETKA y a los economatos del ejército, permitiendo al titular beneficiarse de los descuentos especiales para la adquisición de alimentos básicos. Este documento se expide únicamente para la población asentada en la frontera y carece de valor fuera de este lugar.

En el dorso decía:

El titular de este carné está sujeto a las leyes de la República Islámica de Irán, ya sea iraní o residente legal en el país. En caso de guerra, se compromete a servir al país con lealtad y pacifismo. En caso de conflicto fronterizo entre los dos países, el Ministerio de Asuntos Exteriores y la Dirección General de Inmigración de la República Islámica de Irán decidirán sobre el destino de las poblaciones fronterizas.

A principios de la década de 1980, mi padre todavía no sabía de la existencia de este carné, pero ya había decidido participar en la guerra que, por entonces, libraban Irán e Irak. Estoy totalmente segura de sus intenciones pacifistas, pero no tanto de su lealtad. Huir de la guerra de tu propio país





para enrolarte en la del país vecino no me parece que sea muy leal.

Recibió entrenamiento en el cuartel de Biryand, pero nunca llegó a ir al frente propiamente dicho. Al cabo de dos semanas, volvió de allí con unos terribles dolores de cabeza y náuseas. En realidad, le obligaron a volver, porque tenía trastornos de lenguaje y de audición, y sufría convulsiones y continuos desmayos. Durante los primeros días, mis tíos y sus amigos se presentaron a visitarlo con varios doctores, pero al final todos dijeron lo mismo, que no había nada que hacer y que había que llevarlo a Teherán, porque sufría de epilepsia.

En muy poco tiempo, mi padre, en tiempos grueso y bonachón, se convirtió en un ser escuálido y quejumbroso que no hacía nada más que llorar. Yo me pasaba la mayor parte del tiempo mirándolo absorta desde el umbral de la puerta, demasiado intimidada para acercarme a él. Sin embargo, cuando la doctora Davudí, que era quien lo trataba, dijo que lo iban a trasladar a Teherán por carretera, pedí que me dejaran acompañarlo. Según la doctora, el viaje en avión no era recomendable, pues las crisis eran cada vez más frecuentes. El traslado debería hacerse de tal forma que, en cuanto le sobreviniera una crisis, fuera posible detenerse para poder controlarle la presión del cerebro e inmovilizarle las extremidades. Así fue como mi madre, la doctora Davudí, Yacub, el hijo de uno de nuestros trabajadores, un conductor, yo y por supuesto mi padre, nos pusimos en marcha hacia Teherán en una furgoneta Toyota transformada en una pequeña ambulancia.

La primavera tocaba a su fin. Teherán se encontraba a mil doscientos kilómetros de nuestra casa. Mi madre iba sentada delante de la furgoneta, con el conductor. Detrás, a ambos lados de mi padre, tumbado directamente en el suelo, íbamos la doctora, Yacub y yo. En esa época, recorrer la distancia desde nuestro pueblo —situado en la frontera con Afganistán—,





hasta la localidad de Biryand con ese vehículo y esas pistas polvorientas y llenas de baches, nos llevó más de cinco horas. Cada media hora aproximadamente —cuando le daban las crisis epilépticas— la doctora avisaba dando unos golpes en la parte trasera para que detuvieran la furgoneta. Cada crisis duraba unos veinte minutos, pero entre las convulsiones y los llantos que la seguían se nos iba una media hora, por lo que aquel viaje de cinco horas acabó durando casi doce horas. Según la doctora, una bala había debido de rozarle la sien a mi padre, provocándole ese grave daño neurológico. En cuanto a mí, que jamás había estado tanto tiempo junto a él desde su regreso de la guerra, empecé a presentir cada una de las crisis. Primeramente, algo le cambiaba en la mirada, luego apretaba los puños y después sufría las convulsiones. La doctora se había traído dos tipos de almohadones: uno redondo y otro plano y fino. El primero se lo colocaba a mi padre debajo de la cabeza y el segundo entre los dientes. Proyectada hacia delante, la cabeza de mi padre volvía a caer después brutalmente sobre el almohadón. La furgoneta vibraba con un estrepitoso sonido metálico que me perforaba los tímpanos.

Cuando llegamos a Biryand, la doctora quiso que continuáramos el viaje de inmediato, pero mi madre, que en esa época no hacía nada más que llorar, insistió en que descansáramos. La doctora nos explicó que no debíamos correr ningún riesgo, ya que las crisis podrían derivar en un infarto cerebral y había que llegar a un hospital que dispusiera de unidad de cuidados intensivos, ya que ella, como médica generalista, reconocía no tener la capacidad necesaria para tratar patologías nerviosas. De ese modo, nada más llegar a Biryand, comenzó nuestro viaje hacia Teherán, una interminable travesía en la que debíamos cruzar el desierto iraní. Aferrada ahora a los barrotes de la furgoneta, observaba las crisis de mi padre como espectadora. Todos sabían lo que debían hacer.

